

Catástrofes

Luisa Dávila Regules



Image not found.

Capítulo 1

Cuentimbre – Luisa Davila

Relato corto

12.- Catástrofes.

El 19 de septiembre de 1985. fue una fecha trágica para la Ciudad de México y sus habitantes. Todavía hoy me cuesta trabajo recordar algo de lo que viví. Estaba formada en la fila para tomar el camión que me llevaría a mi trabajo. Sentí un mareo y puse una mano en el hombro del muchacho que me antecedía en la fila. Me disculpé y le dije que estaba muy mareada. Contestó, "No señora, tiembla muy fuerte." Solo entonces miré los cables y los árboles moverse. Las construcciones alrededor estaban intactas. Pensé en mis hijos. No calculé la intensidad del temblor y consideré que todo estaba bien. Menos mi coche que estaba descompuesto. Subí al camión y no vi ningún edificio derrumbado en el trayecto por el periférico. Al llegar a Reforma había mucha gente en la calle. El edificio donde estaba mi oficina tenía fugas de todo; agua, gas, aire acondicionado, no había luz y existían daños considerables en el interior por lo que no pudimos entrar. La gente caminaba por la calle como zombie, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse. Hablaban de catástrofe, de una destrucción total del centro de la ciudad. Los edificios alrededor del Seguro Social se veían completos. Tenían grandes daños interiores que no vi. Cruces rojas y patrullas ensordecían y angustiaban con sus sirenas. Significaba gente herida.

Decidí regresar a casa. Quería correr. Camiones y taxis daban servicio gratuito. Filas enormes de personas en las terminales de camiones. Todos, como yo, queríamos llegar pronto a casa para ver a la familia. Horrible espera. Llegué por fin y mis hijos estaban ahí a salvo y seguros. La señal de televisión se interrumpía por largo rato. Las líneas telefónicas estaban saturadas. Mis papás estaban bien pero su departamento tenía una grieta vertical peligrosa, por lo que se fueron temporalmente a casa de una de mis hermanas.

Al día siguiente el mayor de mis hijos y yo fuimos a ofrecer ayuda como voluntarios de UNICEF. Recorrimos la ciudad. Destrucción por todas partes, principalmente en el centro. Como si la hubieran bombardeado. Alrededor del Monumento de la Revolución, apilados uno sobre otro en bolsas de plástico verde estaban los cadáveres. Demasiados. Un panorama aterrador. En el Estadio del Seguro Social, ubicado a un lado del viaducto, también acumularon gran cantidad de cadáveres en espera de ser identificados. Los llevaban en camiones de redilas. Margarita Jiménez Pons, investigadora teatral, alojada en el hotel Regis murió al derrumbarse el edificio. Mamá y una de mis hermanas fueron a preparar comida en una de las calles alrededor de Tlatelolco, para los voluntarios y las personas sin hogar.

Hubo robos inauditos, por las circunstancias en las que estábamos los

habitantes de la ciudad. Desaparecieron donaciones enviadas por varios países y organizaciones extranjeras. Policías de la ciudad se dedicaron a robar, entre los robos, desmantelaron ambulancias de emergencia de la Universidad Nacional frente a nuestros ojos. Como animales hambrientos. Uno de los "funcionarios" me arrebató un documento de UNICEF, donde especificaba las donaciones que ofrecerían, algún valor representaría para él.

Las personas comunes nos entendíamos sin hablar. Actuábamos de manera eficiente, silenciosa y continua. Jóvenes de todas las clases sociales quitaban los escombros en búsqueda de personas vivas o muertas. Excepto el ejército, el personal del gobierno comenzando por el presidente estaban o paralizados o robando grandes cantidades de donaciones y de objetos en los derrumbes. Daban miedo.

Algunas organizaciones como las Naciones Unidas, calcularon alrededor de treinta mil muertos. Muy doloroso.

Otra catástrofe que viví, fue en 2007, en Villahermosa, Tabasco. Estaba en mi recámara hablando con la persona que limpiaba la casa, cuando al asomarme por la ventana vi el agua correr a cuatro calles de distancia. Mucha agua. Llamé a mi hijo para que viera y salió en su motocicleta hacia el río Carrizales que estaba a cinco calles de la casa. Regresó alarmado y comenzó a subir la computadora, el aparato de sonido, sus documentos del archivo, los teléfonos, las televisiones, mientras yo subía los aparatos de la cocina y el comedor lo más alto que podía. Guardamos algo de ropa en las maletas y salimos. Yo manejando la camioneta pick up y él la motocicleta. El agua, como grandes olas, chocaba contra las ventanillas de la camioneta. Recordé que no debía quitar el pie del acelerador. Pensé que de un momento a otro se detendría el motor pues literalmente iba flotando. El agua seguía subiendo de nivel y no había cupo en ningún hotel, hasta que encontramos un motel donde refugiarnos en la carretera a Cárdenas. Nos quedamos ahí una noche. Muy temprano le hablaron a mi hijo para advertirle que se fuera pronto de Villahermosa, pues si se tardaba no podría salir después. No había paso al aeropuerto y me fue a dejar a Veracruz y de ahí volé a Guadalajara. Mi hijo se fue a Cancún a esperar noticias de Villahermosa y poder sacar las pertenencias que se salvaran. Nos dijeron que el agua había llegado hasta el segundo piso. Alguien más dijo que cubría el techo.

Consideramos perdidas todas nuestras cosas. El agua tardó en bajar de nivel durante varios meses. Muchos millones de pesos se gastó el gobierno local en estúpidos costales de arena para contener el desbordamiento de los ríos y lagunas. Si sirvieron... para enriquecer a los funcionarios y para que Villahermosa casi desapareciera bajo el agua. Todo lo de la planta baja se tiró a la basura. Cosas lindas que no volveré a ver. Tampoco a Samarkanda, hermoso nombre de un pueblo que nunca conocí, ya que no volveré a Tabasco.